

ENCUENTROS EN VERINES 2010

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

El sueño del futbolista adolescente

Juan J. Armas Marcelo

En mi memoria hoy de viejo, se reúnen tres pasiones constantes de mi infancia y adolescencia.: el fútbol, el sexo y la lectura. Tengo escrito y dicho que conocí antes el fútbol que el sexo, pero ahora no estoy tan seguro y apenas puedo separar en mis recuerdos el nacimiento de esas pasiones constantes. Materia para Freud: la fusión del juego que inventaron los ingleses con el engaño que, según Ambrose Bierce en el *Diccionario del Diablo*, inventó la Naturaleza para obligarnos a la conservación de la especie. El fútbol lo encontré en un patio de colegio, a los siete años, y el regalo del sexo en una habitación inolvidable gracias a la generosidad de una asistenta con la que de vez en cuando sigo soñando.

En mi convulsa adolescencia, soñé con ser futbolista profesional del Real Madrid y, a mediados de los 60, estuve a punto de conseguirlo al ser fichado por el equipo blanco para jugar en el equipo amateur. Figúrense: un estudiante universitario que, en el Estadio Bernabéu, al ser preguntado por otros futbolistas adolescente y ambiciosos sobre qué estudiaba, invariablemente contestaba: “Clásicas”. Y sabía de antemano cuál iba a ser la cara de asombro y la repregunta de mi interlocutor: “¿Y qué es eso?”. Imagínenme ahora en la Universidad, explicándole en un rincón del aula a alumnas y a profesores que mi hobby pasional era el fútbol, que jugaba en el Real Madrid y que me gustaba mucho la lectura de novelas. Me miraban como un extraterrestre. Pero resistí, no fui futbolista, terminé Clásicas, di clases en un Instituto de Enseñanza Media hasta que el régimen de Franco me quitó mis derechos civiles en 1970, y terminé –por emulación de los grandes- por ser novelista de por vida y lector empedernido de todo tipo de libros.

Mi experiencia autobiográfica sobre el fútbol, mi adolescencia, la pasión de llegar a ser profesional en el Real Madrid; las memorias de aquella época en la que la dictadura se volvía rancia y moribunda –pero matando siempre-, mi ambición y mis recuerdos fueron a parar a una novela que se tituló inicialmente *El sueño del futbolista adolescente*, que los editores españoles cambiaron por *Cuando éramos los mejores*, porque dijeron que era más comercial, pero que los editores italianos acaban de recuperar en una edición que se publica en Roma en los próximos días: *Il sogno del calciatore adolescente*.

En ese texto literario, que escribí durante seis meses en una playa del Mar Menor y sin excesivos alardes de trascendencia, aparecen los nombres reales o ficticios de iconos del fútbol español, desde Juan Guedes y Antonio Afonso, fallecidos en plena juventud, hasta Pancho Puskas, Amancio Amaro, Antonio Betancor y Manuel Velásquez. Y sobre ellos y otros como ellos gira mi recuerdo y este relato autobiográfico de ficción.

Recuerdo que Peter Hantke escribió una novela con un título excepcional: *El miedo del portero al penalti*. Cuando leí la novela, una de mis reflexiones en forma de interrogación descansó al final en *El sueño del futbolista adolescente*: ¿y el pánico del delantero ante ese mismo penalti? Nadie que no lo haya sentido alguna vez lo sabe. Es el pánico al fracaso total, que va mucho más allá del miedo escénico y de la mayor ansiedad que pueda sentirse en un instante de peligro. Es una suerte de temblor que se apodera durante unos segundos, los que preceden al disparo del balón, de todos tus músculos, de tus rapidísimos pensamientos, fragmentarios, volubles, sombríos. Por eso no quiero nunca más en mi vida, ni en metáfora siquiera, tirar un penalti: quien lo probó lo sabe.

El sueño del futbolista adolescente se abre con dos epígrafes que quiero citar aquí: la frase, demasiado manoseada ya, de Albert Camus (“*Porque, después de muchos años en que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé a la larga, acerca de la moral y de los hombres, se lo debo al fútbol*”) y otra de Nick Hornby (“*De todas las relaciones futbolísticas que se pueden contraer, la más interesante es la que existe entre el hincha y su club*”).

Estoy de acuerdo con las dos. A mí el fútbol me educó, me mostró mi autoestima, mi ambición, mi voluntad; me enseñó las clases sociales, la miseria física y moral en la que se movían muchas veces las familias de mis compañeros de juegos y sueños adolescentes y me hizo tal como soy: roca dura frente a los poderosos y frágil como una flor ante los débiles. En *El secreto de tus ojos*, la magnífica película de Campanella, la pesquisa que lleva a los investigadores judiciales a saber quién es el verdadero asesino es la del club del que es hincha: porque se puede cambiar de todo, incluso de mujer, de país, de sexo incluso, pero nunca se puede cambiar de pasión: un hincha no puede cambiar de equipo. Y su equipo es su pasión, secreto o pública.

Hubo un tiempo falaz en que el fútbol, el deporte en general, pero el fútbol en particular y quienes jugábamos con pasión en ese deporte, tuvimos muy mala prensa. El fútbol era el opio del pueblo y los futbolistas, los peloteros, no éramos otra cosa más que tontos útiles que, tal vez sin darnos cuentas, hacíamos el papel que la dictadura quería que hiciéramos en el teatro de aquella satrapía de Franco. Luego se supo que no, que en Francis, en Inglaterra, en Italia o en Alemania se jugaba a esa cosa tan rara de la pelotita, como lo llamaba Carlos Barral. Y en 1977, de viva voz recogí el testimonio de Jorge Semprún, que durante decenios había sido nuestro adorado Federico Sánchez, que fue también quién me dijo por primera vez que había un futbolista en Francia que era excepcional: Michel Platini.

Pero, por regla general, en aquellos años grises para las pasiones de la libertad y la democracia, muy pocos intelectuales o escritores se atrevían a decir en público que una de sus más grandes pasiones era el fútbol. Recuerdo, a mediados de los 70, a García Hortelano proclamando la pasión por el Atlético de Madrid, su club. Vi sorprendido una vez en el Bernabéu, la entrada de Javier Pradera, en esas mismas fechas; hablé satisfecho con Vázquez Montalbán sobre las diferencias entre el Barça y el Real Madrid, y con Vargas Llosa, cada vez más pelotero, de esas diferencias entre el fútbol latinoamericano y el europeo. Y, poco a poco, el fútbol adquirió una sensación de categoría en nuestras conversaciones pasiones de sobremesa. Y si, sin perjuicio de que hablemos después de estas notas y de otras, podemos exclamar con una cierta felicidad y contento, en cuanto al fútbol se refiere, lo que cantaba el cubano con cierta ironía: “*Cómo cambian los tiempos, Venancio, qué te parece!*”.